

GUILLERMO BRIONES,
ALICIA FROHMANN,
SERGIO GOMEZ,
GUILLERMO SUNKEL,
TERESA VALDES

Usos de la investigación social en Chile

Flacso
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

INDICE

| | |
|--|-----|
| PROLOGO..... | 9 |
| DIFUSION Y USO DE LA INVESTIGACION EN CHILE | |
| Guillermo Briones | 15 |
| ¿PARA QUE ESTUDIAR LA POBREZA? | |
| OBJETIVOS Y APROPIACION INSTRUMENTAL DE LA INVESTIGACION SOCIAL EN CHILE SOBRE LA POBREZA | |
| Alicia Frohmann | 83 |
| PRODUCCION Y USO DE LA INVESTIGACION SOCIAL SOBRE EL MEDIO RURAL EN CHILE EN LOS AÑOS 80 | |
| Sergio Gómez | 165 |
| USOS POLITICOS DE LAS ENCUESTAS DE OPINION PUBLICA | |
| Guillermo Sunkel | 205 |
| MOVIMIENTO DE MUJERES Y PRODUCCION DE CONOCIMIENTOS | |
| Teresa Valdés | 245 |

Prólogo

Los cinco estudios contenidos en este volumen tienen un objeto común de análisis, cual es, la utilización del conocimiento generado por la investigación social. Puesto en términos simples, se trata de averiguar cómo diversos agentes y grupos usan dichos conocimientos producidos por los investigadores, sea para formular diagnósticos, definir cursos de acción, alimentar el debate público, resolver problemas o impugnar soluciones alternativas.

La utilización de este tipo de conocimientos constituye un fenómeno cada día más prominente en la organización y movimiento de las sociedades contemporáneas. De hecho, éstas suelen denominarse "sociedades del conocimiento", debido a la importancia creciente que en ellas juegan las ciencias y las tecnologías. En los estudios aquí presentados se analiza el empleo de un tipo específico de conocimientos, aquellos producidos por las ciencias sociales, particularmente la sociología y la ciencia política.

No cabe duda de que las sociedades actuales, al igual que la política contemporánea, utilizan de múltiples formas dichos conocimientos generados por la investigación social. Ellos están presentes en la prensa diaria, son empleados por las oficinas públicas y los partidos, aparecen en los debates sobre diversos asuntos e, incluso, permean el lenguaje cotidiano de las personas educadas.

Vivimos en medio de un mundo cuyas estructuras y apariencias están representadas por mapas de conocimiento: la pobreza es cuantificada rigurosamente, los movimientos de la opinión pública son medidos por las encuestas, a cada momento empleamos estadísticas sociales y los propios problemas de la sociedad sólo existen una vez que son identificados por la investigación.

Algo similar ocurre en la esfera de la política: se desconfía ahora de las soluciones puramente ideológicas y se insiste en la necesidad de otorgarles un fundamento técnico; cada vez más, la política se apoya en el conocimiento

experto, y algo similar ocurre con los ministerios, el Parlamento, los partidos, los sindicatos y los medios de comunicación.

Al moverse los conocimientos generados por la investigación social hacia el centro de las sociedades, también el papel desempeñado por los investigadores se ha vuelto más complejo y diferenciado. La clásica figura del investigador como un académico encerrado en los límites de su oficina, rodeado de libros y dedicado exclusivamente al estudio y la docencia, está dando paso a la nueva figura del experto que es la persona que posee y administra conocimientos en función de múltiples y diversas demandas.

El experto social puede ser un académico tradicional pero, frecuentemente, no lo es. Ahora suele ser un investigador que actúa como consultor, como asesor, como fuente de información o como pivote de contactos dentro de una red mayor de especialistas. Su oficina es un espacio abierto y multidimensional: actúa en muchos lugares físicos, concurre a reuniones en los ministerios, asiste como experto al parlamento, es contratado por una oficina consultora, tiene una red de clientes, viaja a lo largo de su país y fuera de él, concurre a seminarios de especialistas y escribe en distintos medios.

En breve, su vida no se halla limitada a la producción de conocimientos. El entorno que lo rodea, en función del cual él trabaja, le exige ahora, además, difundir y promover esos conocimientos, aplicarlos allí donde sea posible y, en cualquier caso, ponerlos a disposición de los potenciales usuarios. Su existencia se ha vuelto así menos tranquila y protegida; sus valores --tradicionalmente aquellos propios del ethos académico-- se han visto invadidos por consideraciones utilitarias y de mercado, y su participación en la política ha cambiado desde el rol del ideólogo al rol del experto o especialista que presta su apoyo a decisiones que otros hacen en la esfera de su competencia.

Todos estos cambios tienen mucho que ver con las cambiantes modalidades del financiamiento de la investigación social.

En efecto, hasta ayer, mientras el Estado estuvo en condiciones y tuvo la voluntad de financiar benevolentemente a las universidades, los investigadores sociales pudieron aprovechar cómodamente esos recursos y autodeterminar su producción y su productividad, casi sin considerar variables exógenas.

Tal situación cambió drásticamente en Chile al momento de instalarse el gobierno militar. Desde ese momento los científicos sociales fueron tratados con hostilidad, sus departamentos universitarios fueron suprimidos o reducidos en tamaño, su producción fue descartada y perdió significación y, en general, la investigación social fue obligada a reestructurarse completamente y a buscar un nuevo hogar institucional.

De allí surgieron los denominados centros académicos independientes, instituciones privadas dedicadas a la investigación social bajo las condiciones del autoritarismo. La Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) dedicó ya un libro al análisis de ese fenómeno institucional, que sirve como antecedente al presente volumen¹.

Uno de los rasgos salientes de esos centros fue la modalidad de su financiamiento. En ausencia de recursos internos, públicos o privados, los investigadores agrupados en ellos debieron salir a buscar fondos fuera del país, y los obtuvieron de múltiples distintas agencias, públicas o privadas, de carácter internacional o radicadas en los países desarrollados del norte. Cada vez que esas agencias acordaron otorgar fondos a los centros chilenos de investigación social, lo hicieron bajo un conjunto de condiciones que, a la postre, serían decisivas para la práctica de los investigadores.

En primer lugar, los recursos fueron asignados contra proyectos, con clara delimitación de los objetivos buscados, de los medios que se emplearían y de un exhaustivo cronograma de actividades.

En segundo lugar, tales proyectos, para ser aprobados, debieron pasar por un examen, el cual habitualmente contemplaba el juicio académico de pares contratados por la agencia para ese efecto y el juicio de la propia agencia en términos de la relevancia del proyecto propuesto.

En tercer lugar, los resultados del proyecto —sus productos— debían ser objeto de una evaluación independiente, practicada por la agencia financiadora o por personal experto contratada por ella.

Bajo tales condiciones, la investigación desarrollada en los centros académicos debió acostumbrarse a ser medida con estándares internacionales, se vio forzada a responder a demandas externas y no sólo a la discrecionalidad de sus autores, y tuvo que mejorar su productividad, de modo de poder cumplir con los términos del contrato bajo el cual se otorgaba el financiamiento que la hacía posible.

Pero, además, ella tuvo que tomar en serio, quizá por primera vez de manera sistemática, esa demanda por relevancia a la cual se hizo referencia más arriba.

¿Qué se pide a una investigación para poder ser considerada relevante?

Varias y distintas cosas, según quien aplique unos u otros "criterios de relevancia". En principio, de acuerdo al ethos académico tradicional, una investigación es relevante sólo y cuando produce conocimientos que son considerados como una contribución significativa por los pares de la misma disciplina.

1. Ver Brunner, José Joaquín y Barrios Alicia, *Inquisición, mercado y filantropía*, FLACSO, Santiago de Chile 1987.

Pero en las nuevas condiciones de las cuales aquí estamos hablando, la relevancia esperada era de otra naturaleza; tenía que ver, esencialmente, con la utilidad de los conocimientos producidos. Esto es, con su potencial de uso o su empleo efectivo fuera de la comunidad académica. De allí que el lenguaje empleado por las agencias para referirse a esta dimensión de relevancia incluyera categorías tales como el "impacto social" de la investigación, o su "potencial de aprovechamiento" por parte de agencias gubernamentales y organismos sociales, o del "número de beneficiarios" que podrían usar los resultados de una investigación.

Para los investigadores sociales, acostumbrados a enjuiciar la relevancia de sus conocimientos sólo en términos de criterios disciplinarios, la actitud de las agencias financiadoras equivalía a una verdadera intromisión en su ámbito específicamente profesional de juicio. Al comienzo, por lo mismo, se allanaron a aceptar tal situación exclusivamente por que no podían hacer otra cosa, si deseaban seguir contando con recursos para desarrollar su oficio. Con posterioridad, sin embargo, su actitud fue variando, hasta llegar el momento en que aceptaron las nuevas reglas del juego por considerar que ellas reflejaban un cambio más generalizando en los patrones de evaluación del conocimiento generado por la investigación social.

En efecto, con los avances de la modernidad ese conocimiento había llegado a ser a tal punto importante para el funcionamiento de las sociedades que ya no era posible mantenerlo al margen de consideraciones externas a la comunidad de productores. Paradojalmente, entonces, era su propio éxito —o, al menos, la promesa de éxito que él envolvía— lo que le había llevado a convertirse en un producto social, político y económicamente valorado.

Habiendo abandonado su enclaustramiento académico, el conocimiento generado por la investigación social se convertía ahora en un instrumento de cambio de las sociedades y podía ser utilizado con provecho por distintos grupos y organizaciones. Pero sólo a condición de que su búsqueda, creación y comunicación fuesen diseñadas de tal manera de dar lugar, en una fase posterior, a su utilización en la vida práctica de la sociedad, sea donde fuere que se le pudiese aprovechar.

En curso está, por tanto, una verdadera revolución dentro del ámbito de las ciencias sociales, cuya conexión con los procesos de decisión y de interacción que tienen lugar en la sociedad aumenta exponencialmente.

La sociedad misma necesita esos conocimientos para su propia reflexión y el desarrollo de sus procesos básicos, y por eso recurre a los productos de las ciencias sociales y los utiliza, de manera análoga a cómo hacen las empresas con los conocimientos producidos por las ciencias naturales.

Con todo, como muestran los estudios contenidos en este volumen, tal uso de conocimientos no constituye un proceso simple, lineal o de similar aplicación en todos los casos. Hay diversos factores que inciden sobre la eventual utilización de conocimientos generados por la investigación social. Por ejemplo, los paradigmas y métodos empleados para el diseño y realización de la investigación determinan, en alguna medida, el potencial de utilización de sus resultados. La manera de presentación de éstos influye asimismo sobre su aprovechamiento por la sociedad. También inciden factores técnicos, tales como los medios de comunicación empleados para transmitir los resultados y los procedimientos usados por el investigador para su verificación. Por último, intervienen factores de otro orden, como la posición del investigador y su reputación dentro de la comunidad disciplinaria, la credibilidad de sus resultados en relación a otros resultados producidos por investigaciones similares, su trayectoria profesional, el grado de sofisticación de los medios empleados por el investigador para alcanzar sus resultados, etc.

Adicionalmente, el uso de conocimientos está fuertemente condicionado por el contexto político-cultural en que se lleva a cabo la investigación y el aprovechamiento de sus resultados. Este último es distinto bajo un régimen autoritario que dentro de una democracia; es diferente en una sociedad tradicional que en una sociedad moderna, y varía también dependiendo del lugar donde se produce la utilización del conocimiento.

Los estudios de caso que aquí se presentan muestran la diversidad de esos factores en juego. En efecto, ellos se refieren a cinco áreas distintas de investigación y utilización de conocimientos: educación, pobreza, sector agrario, opinión pública, mujer. Cada uno cubre, por tanto, aspectos distintos de la investigación y uso de los conocimientos, en ámbitos diversos de la sociedad y frente a problemas de muy diferente naturaleza. En general, todos arrancan de una investigación empírica del caso bajo análisis, dentro de un horizonte temporal que abarca los últimos años de la década pasada, hasta los inicios de la transición hacia la democracia. Los estudios emplean diversos enfoques y disímiles categorías, dentro de la común intención de averiguar cómo se producen y utilizan los conocimientos generados por la investigación social. Aquí se presentan separadamente los resultados de tal indagación, que en otro volumen son retomados, allí con el objeto de obtener un modelo de utilización de conocimientos generados por la investigación social. Mientras en un caso lo que interesa es analizar en detalle, con base empírica, los circuitos de producción, difusión y aprovechamiento de conocimientos, en el otro, en cambio, lo que se busca es construir un marco conceptual que permita entender esos procesos desde el punto de vista del

polo de los usuarios y de la utilización de los resultados de la investigación social.

En cuanto a los estudios de casos aquí incluidos, existe con todo una relativa homogeneidad en el tratamiento analítico de cada tema que se manifiesta en el uso de categorías tales como las de "productor", "difusor" y "usuario" para referirse a los agentes involucrados en el proceso, y las de "producción", "difusión" y "utilización" (o términos afines) para referirse a los distintos momentos del mismo. El uso de este tipo de categorías no supone un "modelo" analítico común a los distintos estudios, pero implica una determinada mirada sobre el fenómeno de la utilización.

Esta mirada sigue —con énfasis que varían en cada estudio de caso— la trayectoria de los conocimientos, focalizando primero en las características de la investigación realizada en cada uno de los temas y en aspectos relativos a su producción, tales como las modalidades de financiamiento, bases institucionales y equipos profesionales; luego, en aspectos que dicen relación con la difusión de los conocimientos, como las estrategias empleadas por los investigadores para difundir los resultados de sus investigaciones, los canales de intermediación y las instancias y formas de comunicación, por último, en los en los circuitos y modalidades más relevantes de utilización del conocimiento en cada una de las áreas consideradas.

Al seguir esta trayectoria los estudios de casos asumen la complejidad del fenómeno de la utilización de conocimientos generados por la investigación social. Con sus énfasis particulares, muestran cómo se establecen las relaciones entre el campo de la producción de conocimientos, los sistemas de difusión y los niveles de utilización en cada una de las áreas temáticas consideradas. Asimismo, revelan con gran nitidez que los conocimientos no recorren una trayectoria simple y lineal sino que se mueven desde un complejo campo de producción a través de canales de comunicación variados hasta alcanzar distintas formas de utilización.